

Edda Samudio

Investigadora paciente y acuciosa

Miguel Ángel Rodríguez Lorenzo*

Puedo dar testimonio de la dedicación especial que tuvo la profesora Edda para con sus tesistas, a los cuales acompañaba en los archivos, atendía en su casa, revisaba los borradores con cuidadosa atención, respondía sus consultas por teléfono y estableció vínculos de afecto que se mantienen



Si se me conminara a establecer un vínculo indubitable con la doctora Edda Samudio Aizpúrua, no dudaría en señalar que no he dejado de reconocerme como su alumno. Ese vínculo, siempre ha estado signado por el respeto y la admiración. Respeto, porque su presencia de persona cuidadosa en su vestir, que trata de forma suave y discreta a los demás y que habla sin estridencias, con un uso muy comedido de las palabras y cuidando de no herir a quien se dirige, se corresponde plenamente con la representación de las personas que, en la educación que me dio mi familia, lo merecen. Admiración, porque su trayectoria como docente de decenas de profesionales de la Historia, tanto de pregrado como de postgrado y tanto de Mérida y Venezuela como de otros países, investigadora paciente y acuciosa en las fuentes originales, autora de una obra reconocida

y facilitadora de la transmisión del conocimiento mediante la dirección de una revista electrónica de historia, arte y ciencias sociales, también personifica a los historiadores que, de acuerdo con la formación que considero haber recibido en la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes, me enseñaron a deberle reconocimiento.

Ingresé a la Universidad de Los Andes en el semestre “A” de 1975 y aunque hasta 1978 no fui su alumno, la conocía y sabía de ella, porque “... la Profesora Chávez...” —como era referida, por su apellido de casada— era una figura pública, sobre la cual, salvo en el caso de “...los héroes que mueren jóvenes...”, como suele ser natural, se hablaba en bien y en mal, en el siempre estrecho y modesto entorno socio-profesional de la historiografía merideña y

venezolana, con el cual procuraba vincularme. En consecuencia, pude observarla, oírla, leerla, saberla citada y referida en eventos científicos y académicos, antes y después de cursar su cátedra de Geografía Histórica de Venezuela.

Hacia finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, los estudiantes de la Escuela de Historia que estábamos en turno de espera para dar inicio al cumplimiento del requisito de realizar una tesina o tesis y, tras su aprobación, recibir el Diploma como licenciados, procuramos aprovechar la experiencia de los pioneros de la Escuela de Historia, para avizorar lo que nos correspondería hacer y darle seguimiento a los procesos de seleccionar temas, establecer fuentes de información, recoger datos, transcribir documentos, clasificar y organizar la información, elaborar los borradores de los trabajos, revisarlos y, finalmente, defenderlos ante un jurado; pero —sobre todo— buscamos acercarnos a los profesores con experiencia de investigación. De esa experiencia particular, puedo dar testimonio de la dedicación especial que tuvo la profesora Edda, que es como siempre he preferido llamarla, para con sus tesis, a los cuales acompañaba en los archivos, atendía en su casa, revisaba los borradores con cuidadosa atención, respondía sus consultas por teléfono y estableció vínculos de afecto que, por algunos de los casos que conozco, puedo asegurar que se mantienen.

Con especial atención seguí las investigaciones que ella y sus tesis (César Barreto, Héctor Herrera y Zoraida Santiago, por ejemplo) realizaron, con relación al tema de la esclavitud de los africanos y sus descendientes en la antigua provincia de Mérida. Las mismas, en mucho contribuyeron a facilitar y encauzar mi particular trabajo de Memoria de Licenciatura, que realicé, al igual que Francisca Rangel, bajo la tutoría de Jacqueline Clarac de Briceño, en mi caso sobre la abolición de esa deplorable institución colonial que pervivió por varias décadas en la República independiente.

Más recientemente, también atestigua su capacidad y voluntad de trabajo Procesos Históricos. Revista de Historia, Arte y Ciencias Sociales, que tomó el testigo de la extinta revista electrónica de historia Emeritense, creada y dirigida por el profesor Eduardo Osorio y que arriba a su octavo año de existencia en la Web. En consecuencia, puedo afirmar que el fortalecimiento de ese proyecto -amparado en todo momento por el CDCHT y surgido en 2002-



queda corroborado por las consultas y visitas de los trabajos allí incluidos, el rango científico y académico de los articulistas nacionales e internacionales, los servidores y bases de datos, que la incluyen en centros de estudio y bibliotecas de varios países. Es muy importante la posibilidad de difundir en por una revista arbitrada e indizada a través de Internet las investigaciones que se hacen en el ámbito local y nacional y la adecuación que ha hecho de su formato a las normas internacionales que rigen la materia de las publicaciones científicas. Por supuesto que en esta labor editorial es invaluable e insustituible la colaboración del historiador Cristian Camacho, quien realizó en los primeros años ochenta del siglo pasado su trabajo de tesis de licenciatura con ella.

Para sintetizar la trayectoria de la profesora Edda Samudio Aizpúrua en la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes, se podría utilizar una frase que, entre otros autores, he oído que se la atribuyen a Goethe: "...poco a poco; pero sin descanso..."

* Profesor de la Facultad de Humanidades y Educación, ULA.
Investigador del Grupo de Investigación sobre Historia de las
Ideas en América Latina (GRHIAL).
E-mail: marl@ula.ve